

TRATADO SEGUNDO.

LA CORONA DE PODER

DE LA MADRE DE DIOS.

Así como nunca hubo una cabeza mas digna de ceñir la diadema despues de la sabiduria encarnada que la de la reina del cielo, así no hemos de imaginarnos que una sola corona pueda igualar á la grandeza de sus méritos. La que hemos contemplado hasta aquí admirando su materia y estructura, no es mas que la corona de excelencia que le conviene en calidad de madre de Dios, sin referirse particularmente á nosotros. De aquí adelante consideraré otra que el mismo título le granjeó, y que no le da menos lustre á ella que dicha nos presagia á nosotros. Hablo de la corona de poder, en que se nos representan las grandezas del poder que recibió de Dios sobre toda la iglesia, es decir, primeramente sobre el salvador y redentor de nuestras almas, su gloriosa cabeza, y luego sobre todo su cuerpo místico, que no es otro que la iglesia, segun lo que está escrito en el capítulo XXIV del Eclesiástico, donde dice que su poder es sobre Jerusalem. Atribuyo á particular dicha que esta corona casi del diseño que yo la tenia, fuese traída del cielo

y mostrada á santa Matilde, virgen y hermana de santa Gertrudis no menos por el espíritu que por la sangre, la cual vivia unos trescientos años hace. Asistiendo un día la sierva de Dios al santo sacrificio, se le apareció nuestra señora con una rica corona en la cabeza, cuyos florones se inclinaban todos hácia el suelo, y en los hombros llevaba un manto real bordado de coronas iguales á la de la cabeza: la una tenia por divisa el gozo de los santos, la otra el socorro de los menesterosos, la tercera el refugio de los pobres y así de las demás. Por estas coronas como por un excelente modelo he formado una, cuya hermosura creo que arrebatará á los ángeles y á los hombres. Lo mas notable que tendrá, serán doce bellos florones vueltos al revés, es decir, doce grandezas de poder referidas todas al bien y contento de los hijos de la iglesia. Me figuro que el interés que tenemos en estos privilegios de la madre de Dios, nos hará mas agradable su conocimiento. En todo caso hallaremos poderosísimos motivos para aficionarnos á amarla, honrarla y servirla.

DISCURSO FUNDAMENTAL DEL TRATADO SEGUNDO.

CAPITULO I.

QUE LA VIRGEN MARIA FUE CRIADA SOLAMENTE CON MOTIVO Y POR EL AMOR DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO Y QUE DE OTRA SUERTE NO HUBIERA EXISTIDO JAMAS.

Que sin el pecado de Adam no hubiera encarnado jamás el Verbo divino.

ESTE discurso no puede subsistir sin que yo presuponga la doctrina mas recibida en todo tiempo en las escuelas de teología, aprobada por el angélico doctor, fundada en la sagrada escritura y en la autoridad de los santos padres y confirmada por la razon; á saber, que en cuanto nos es dado juzgar de los designios del cielo porque Dios mismo se dignó de revelarlo, nunca hubiera encarnado el Verbo eterno, á lo menos en virtud de la determinacion que Dios habia tomado desde el principio de enviarle á la tierra, si el pecado del primer hombre no hubiese dado ocasion á ello. ¿De quién podríamos esperar mas aclaracion en este punto que del mismo Verbo encarnado, el cual dando cuenta de su mision en el capítulo XIX de S. Lucas sienta que el hijo del hombre vino á buscar y salvar lo que habia perecido? Y en el capítulo III de S. Juan dice que de tal manera amó Dios al mundo, que le dió su unigénito hijo, para que todos los que creyesen en él, no pereziesen, sino que tuviesen la vida eterna. Fiel es esta palabra, dice S. Pablo (1), y digna de toda aceptacion: que Jesucristo vino á este mundo para salvar á los

(1) I Ad Timot. I, 15.

pecadores. Lo mismo leemos en otros muchos lugares, que no quiero multiplicar: S. Agustin, el águila de los ingenios, citándolos y examinándolos (1) confiesa estar plenamente convencido de que el Salvador no vino á este mundo, ni tomó el traje de siervo, ni se hizo obediente hasta la cruz para otro fin que para restituir la vida con este ardid de misericordia á los miembros cuya cabeza es, libertar á los cautivos y alumbrar á los ciegos.

II. ¿No está bien claro el simbolo de Nicea, cuando dice que bajó del cielo á la tierra por nuestra salud? ¿No dice S. Dionisio areopagita que vino para reparar la naturaleza humana decaida de las promesas divinas (2)? ¿No sostiene claramente S. Ireneo que si no hubiera habido hombres que redimir, el Verbo divino no se hubiese hecho jamás hombre (3)? ¿No afirma Orígenes que si no hubiera entrado el pecado en el mundo, el hijo de Dios no se hubiese hecho jamás cordero para ser inmolado, sino que habria permanecido tal como era en el principio con su padre (4)? Estas palabras tienen fuerza no solo para excluir el estado pasible de nuestro Señor, no existiendo el pecado, sino tambien para desechar absolutamente cualquier otra condicion que hubiera podido escoger fuera de la que le convenia por el derecho de su nacimiento eterno. Con igual claridad habla S. Atanasio cuando dice que la necesidad del hombre se adelantó al nacimiento temporal de Dios y que sin tal ocasion nunca le hubiéramos visto tomar nuestra carne (5). ¿Qué otra cosa quiere decirnos nuestra santa madre la iglesia, cuando canta que el pecado borrado por la muerte de nuestro Señor era necesario? Porque ¿qué necesidad

(1) Lib. 4 de peccatorum
meritis et remissione, cap. 26
et 27.

(2) De coel. hierarch., c. 3.

(3) Lib. 5, cap. 44.

(4) Hom. 24 in Numeros.

(5) Serm. 3 contra arianos.

podia haber de un fruto tan malo como el pecado sino á fin de que sirviese al rey de la gloria de motivo para bajar del cielo á la tierra? ¿Qué aprecio debemos de hacer de los sabios pareceres de S. Gregorio Nazianceno (1), S. Ambrosio (2), S. Agustin (3), S. Gregorio Magno (4), S. Leon (5), santo Tomás (6) y la mejor parte de los doctores escolásticos, que enseñan y predicán lo mismo! ¿Qué peso debe de tener en esta materia como en cualquier otra la consideracion de S. Gregorio Niseno, el cual dando la razon de por qué no vino el Salvador del mundo hasta pasados cuatro mil años, dice que era preciso que el pecado sembrado y multiplicado por el enemigo brotase antes, y que el mal que causaba fuese conocido, para que bajando Dios del cielo pusiese la segur á la raiz del árbol y derribase de un golpe el tronco, las ramas y los frutos? Porque si prescindiendo del pecado no hubiera dejado el hijo de Dios de tomar nuestra naturaleza para descubrir así la grandeza de su amor y servirnos de maestro y ejemplar, ¿no era muy conveniente que viniese al principio del mundo para que no estuvieran privados los siglos de la luz de su doctrina celestial? Demás ¿es probable que fuese á esconderse en un rincón de la Judea, cuando debia á la manera de un sol resplandeciente despedir por donde quiera los agradables rayos de sus divinos atractivos? Bien sé que sin apartarme de la verdad católica no puedo negar que vino tambien por las razones apuntadas, es decir, para enseñarnos con su palabra y guiarnos con sus ejemplos; pero tampoco ignoro que esas mismas razones fueron las accesorias del motivo principal que le trajo del cielo, y

(1) Orat. de Nativit.

(2) Orat. de Incarnationis
dominic. sacram., c. 6.

(3) Serm. 8 de verb. apost.

(4) In lib. I, Reg., l. 4, c. 4.

(5) Serm. 3 de Pentecost.

(6) P. 3, q. 4, art. 3.

que faltando este, los otros no hubieran tenido nunca tanta influencia sobre él.

III. Esta es la causa por qué la escritura santa en muchos lugares hace alarde del testimonio de la incomprendible bondad de Dios, el cual bajó del cielo por sus enemigos y murió por los que no debían de esperar de él mas que la muerte. «En esto se mostró, dice el discípulo amado (1), la caridad de Dios hácia nosotros, en que Dios envió al mundo su hijo unigénito para que vivamos por él.» Estas son las riquezas de la bondad y de la gloria de Dios segun dicho de S. Pablo (2). Esta es la bondad inexplicable que dice el mismo apóstol se manifestó á todos los hombres (3). Esto es lo que publican los ángeles, lo que admiran los santos, lo que adoran los serafines: este es el asunto de los mas excelentes panegíricos que se entonarán en el cielo mientras dure la memoria de este beneficio, mientras haya un Dios encarnado y se salven los hombres por este medio.

Que nunca hubiera existido la Virgen santísima si no hubiese encarnado el Verbo divino.

Primera razon.

IV. Presupuesta esta verdad, digo que así como á no haber mediado el pecado el Verbo divino no hubiera tomado jamás nuestra naturaleza, á lo menos en virtud del decreto eterno que nos ha sido manifestado, de la misma manera si no hubiera habido Jesucristo, tampoco habria habido Maria, ni habria existido sino en el número de las criaturas posibles. La primera razon de esta verdad la saco de la autoridad de la Escritura y de los santos pa-

(1) Joan. IV.
(2) Ad rom. IX.]

(3) Ad tit. II, 11.

dres, que enseñan haber sido hecha expresamente para servir al Verbo encarnado, segun se ve por las palabras del capítulo VIII de los Proverbios, donde se dice: *El Señor me crió el principio de sus caminos*; palabras que la iglesia aplica á la virgen Maria. Con efecto si tienen algun peso en este sentido, hay que confesar por necesidad que el principal designio de Dios en la creacion de Maria fué para emplearla en la restauracion de sus obras, segun dije de paso en el capítulo II del tratado anterior y haré ver largamente en este; es decir, para el servicio y asistencia del que debia de ser el gran artífice de nuestra reparacion. De aqui colijo que llegando á faltar la principal causa de la creacion, no habria tenido jamás la tierra la dicha de gozar de su deseada presencia. Y aunque no sea mi intento insistir mucho en las palabras crear y creacion que el Espiritu Santo no empleó sin motivo en este pasaje; no obstante atendiendo á que los santos padres las usan tantas veces cuando se trata de la produccion de la Virgen, confieso que me siento obligado á creer que conocieron en ellas alguna virtud particular y que creyeron que la madre de Dios no habia sido sacada de la carne de Adan pecador, sino que por un decreto posterior á la prevision de su caída fué designada y formada expresamente para el Verbo encarnado. Proclo de Constantinopla, uno de los padres que tan denodadamente defendieron el honor de Maria en el concilio de Efeso, usó de esa palabra en una oracion de la natividad del Salvador pronunciada en el mismo concilio, y dijo que la que nuestro Señor habia criado sin mancha no podía mancharle comunicándole nuestra naturaleza. S. Isidoro en su misal muzárabe en la fiesta de la Asuncion dice asimismo que Dios la habia criado tan pura, que podia libremente pasar por ella sin ofender la singular pureza que le habia dado. S. Anselmo usa indistintamente de las palabras concepcion y crea-

cion al tratar de la Virgen (1). La iglesia hablando de ella dice que dió de mamar con sus sagrados pechos al que la crió. Pero nada me parece de tanta fuerza como una expresion de S. Bernardo dicha no al acaso, sino de propósito deliberado y con particular estudio. Habiendo sentado que como quisiese hacerse hombre el que habia hecho al hombre, debia de escoger entre todas las mujeres una que le fuese muy agradable y adecuada á su calidad, se corrige al punto como si no hubiera hablado de una manera conveniente y dice: «Pero ¿qué hablo de que debia de escogerla? Digamos mejor que debia de criarla de nuevo (2).» Y á la verdad no convenia de ningun modo á la majestad del que nacia de ella, que fuese como una casa renovada y acomodada á los usos del Verbo encarnado: la razon requeria que fuese hecha por formal mandato de Dios y solamente para un fin tan noble. Así lo entendió el concilio de Basilea, cuando dijo en la sesion LVIII que la fabricó el hijo del Padre para que fuese su madre en la tierra. El devoto Idiota dice aun con mas precision (3) que fué hecha para que Dios habitase en ella como en su templo. ¿Y para qué habia de haber sido criada María, dice S. Efren, si no habia de haber Dios encarnado (4)? Paréceme que S. Juan Damasceno tiene una gracia particular cuando le habla en estos términos: «Tu vida excede los límites de la naturaleza no tanto por tu propia consideracion (porque no fuiste hecha para tí), sino por respeto de aquel por quien la recibiste, para servir á la salvacion del mundo y al designio eterno de la encarnacion del Verbo divino y de nuestra deificacion (5).»

(1) Hom. 2 de Con. ept., citada por Juan Bacon in 4. d. 2. q. 3. art. 2.

(2) Hom. 1 in Missus.

(3) Comt. de B. Virg., c. 20.

(4) Serm. de transfigur. Christi.

(5) Orat. 1 de Nativ. Virg.

Segunda razon.

V. La segunda prueba se toma de que los santos padres dicen unánimes que la Virgen santísima fué criada para reparar las ruinas que habia causado la primera mujer, y ayudar á edificar un mundo nuevo. Mas adelante citaré una muchedumbre de ellos: por ahora me contento con acotar dos solamente. El primero es el humilde Idiota, quien dirige estas palabras á la Virgen: «Oh felicísima Virgen, tú eres la obra acabada del gran artífice del universo despues de aquel que maravillosamente fué unido á nuestra naturaleza, porque fuiste hecha para reformar la primera obra de sus manos, que se habia viciado por su culpa. Al principio deseoso el gran arquitecto de restaurarla puso los ojos en la naturaleza angélica, y vió que en parte habia caído: despues consideró la nuestra y la halló toda corrompida: hasta aquella que es puramente corpórea, todo lo habia viciado el pecado del hombre. Esto le hizo resolverse á criarte, oh Virgen santísima, para que por medio de tu benditísimo fruto fuese reparada la naturaleza angélica, renovada la nuestra, y la que es inferior á nosotros, se librase de la servidumbre á que la habia reducido el pecado (1).» No pudiera este doctor haber hablado mas claramente en pro de la proposicion que he sentado. Pero ¿no diria uno que á S. Pedro Damiano le pasó el mismo pensamiento por la mente, cuando dijo que Dios habia criado á la Virgen para descansar en ella despues de la triste jornada de los ángeles y los hombres, es decir, despues de la lastimosa rota que el pecado habia causado en una y otra naturaleza? Y nótese que la resolucion de criar á la virgen

(1) De contempl. B. Virg., c. 11.